

» de la cuestion, que es la propiedad. Pero los magistros responderian: *No entendeis una palabra*: no hay duda sobre la jurisdiccion de la Iglesia, en cuanto al petitorio; pero hemos decidido que el petitorio no puede juzgarse antes que el posesorio; y decidido que sea este, ya no es permitido examinar mas¹. »

Y hé aquí como ha perdido la Iglesia una rama inmensa de su jurisdiccion. Ahora bien, pregunto á toda persona sensata, hombre, mujer ó niño que sea, y tenga sentido comun: ¿ se ha imaginado jamás una salida mas vergonzosa, ni una usurpacion mas chocante². La Iglesia galicana, fajada, como loestá un niño, por los parlamentos, ¿ conservaba acaso un solo movimiento libre? Se jactaba de sus derechos, de sus privilegios y de sus libertades; y los Magistrados con sus *casos reales*, sus *posesorios*, y sus *apelaciones de abuso*, no le habian dejado mas que el derecho de hacer el santo crisma y el agua bendita.

No me cansaré de repetirlo, porque no amo ni sostengo la exageracion. No pretendo resucitar ahora los usos ni el derecho público del siglo XII; pero no se repetirá bastante que confundiendo los tiempos se confundien las ideas; que los magistrados franceses se hicieron eminentemente culpables, manteniendo un verdadero estado de guerra entre la santa Sede y la Francia, la cual trasmitia á la Europa estas máximas perversas; y que nada hay tan falso como el aspecto bajo el cual re-

¹ La Ordenanza (real de Francia) dice expresamente: « Que el petitorio se segunrá ante el juez eclesiástico. (Fleury, *Disc. sobre las libert. de la Iglesia galic.*, opúsc., p. 90.) Así es que los parlamentos, para extender su jurisdiccion, violaban la Ordenanza real. De esto hay otros muchos ejemplos.

² En la edicion castellana hecha en Valencia, se añade aquí la nota siguiente: « En España, sin haberse adoptado este ridiculo juego de voces, propio solamente de la mala fe, se dispuso clara y sencillamente, y es práctica constante defendida por varios autores, que los jueces seculares conozcan en los juicios posesorios de diezmos y beneficios; y en el reino de Valencia conocen tambien en los juicios petitorios, sobre asuntos decimales; sin que esto cause la menor queja ni disension entre las dos autoridades, entre las cuales reina la mejor armonía. »

presentaban al clero antiguo en general, y sobre todo á los sumos Pontífices, que fueron incontestablemente los maestros de los reyes, los conservadores de la ciencia, y los instituidores de la Europa.

LIBRO TERCERO.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION
Y LA FELICIDAD DE LOS PUEBLOS.

CAPÍTULO I.

Misiones.

Para conocer los servicios que los sumos Pontífices han hecho al mundo, seria necesario copiar todo el libro inglés del doctor Ryan, intitulado *Beneficios del Cristianismo*; porque estos beneficios son los de los Papas, pues el Cristianismo no tiene acción exterior, sino por medio de ellos. Todas las iglesias separadas del Papa se dirigen interiormente como pueden ó saben; mas nada pueden hacer para la propagacion de la luz evangélica; y por ellas solas la obra del Cristianismo nada adelantará; porque siendo justamente estériles desde su divorcio, no pueden recobrar su fecundidad primitiva, á menos de reunirse otra vez al esposo. ¿ Y á quién pertenece la obra de las misiones? Al Papa y á sus ministros. Véase esa famosa *Sociedad bíblica* de Inglaterra, émula débil y acaso peligrosa de nuestras misiones. Cada año nos cuenta los miles de ejemplares de la Biblia que ha esparcido por el mundo; pero siempre se olvida de decirnos cuantos nuevos cristianos ha producido¹. Si el dinero que

¹ Los males que puede causar esta sociedad no han sido desconocidos á la Iglesia anglicana, que muchas veces se ha mostrado

esta sociedad expende en biblias se diese al Papa para emplearlo en las misiones, hubiera producido ya mas cristianos que páginas tienen las biblias.

Las Iglesias separadas, y sobre todo la primera de ellas, han hecho varios ensayos en este género; mas todos estos pretendidos obreros evangélicos, separados de la cabeza de la Iglesia, se asemejan á aquellos animales á quienes se enseña á andar en dos piés y á contra-hacer algunos movimientos humanos: pueden industriarse hasta cierto punto, se les admira por la dificultad que han tenido que vencer; mas no obstante se percibe fácilmente que todo es forzado, y que no están deseando sino volver á andar en sus cuatro piés.

Aun cuando semejantes gentes no tuviesen contra sí mas que sus divisiones, no se necesitaria mas para reconocer su impotencia. *Anglicanos, luteranos, moravos, metodistas, anabaptistas, puritanos, cuáqueros*, etc.: tal es el pueblo con quien tienen que hacer los infieles. Escrito está: *¿cómo entenderán, si no se les habla?* Y con la misma verdad pudiera decirse: *¿cómo los creerán si ellos no se entienden á sí mismos?*

Un misionista inglés ha sentido bien este anatema, y se ha explicado con tanta franqueza, delicadeza y probidad religiosa sobre este punto, que le hacen parecer digno de la misión que le faltaba.

« El misionero, dice, debe estar muy apartado de una » mezquina y estrecha *hipocresía* ¹ y poseer un espíritu

temerosa de ellos. Pero si se llega á meditar qué especie de bienes son los que está destinada á producir en las miras de la Providencia, se halla desde luego que esta empresa puede ser una preparacion evangélica, de un género del todo nuevo y divino. Acaso podria contribuir poderosamente á reconciliarnos la Iglesia anglicana, que ciertamente no podrá escapar de los golpes que se la dan sino por el principio universal.

¹ Esta palabra *hipocresía*, que, según su acepcion natural en la lengua inglesa, da la idea de un *celo ciego*, de una *preocupacion ó supersticion*, se aplica hoy en la pluma *liberal* de los escritores ingleses á todo hombre que se toma la libertad de creer diferentemente que ellos; y hemos tenido el placer de oír á los revisores de Edimburgo acusar á Bossuet de *hipócrita* (*Edinb. Rev.*, oct. 1803, núm. 5, p. 215). ¡Bossuet hipócrita! El mundo lo ignoraba.

» verdaderamente católico ¹. No es el calvinismo ni tampoco el arminianismo lo que debe enseñar, sino el Cristianismo. Su fin no debe ser el de propagar la jerarquía anglicana, ni los principios de los protestantes disidentes. Su objeto debe ser el servir á la *Iglesia universal* ². Yo quisiera que el misionero estuviese persuadido de que su ministerio no reposa sobre los puntos de separacion, sino sobre los que reunen el sentimiento de todos los hombres religiosos ³.

Hémos aquí conducidos á la eterna y vana distincion de los dogmas fundamentales y no fundamentales, ya mil veces refutada, por lo que seria inútil volver á tratar de ella. No hay un dogma que no haya sido negado por algun disidente. ¿Con qué derecho, pues, se preferiria el uno al otro? Cualquiera que niegue un dogma, pierde el derecho de enseñar otro. Además ¿cómo podrá creerse que el poder evangélico no es divino, y que por consiguiente puede hallarse fuera de la Iglesia? La divinidad de este poder es tan visible como el sol: « No parece, » dice Bossuet, sino que los apóstoles y sus primeros discípulos hayan trabajado por debajo de tierra para establecer tantas Iglesias en tan poco tiempo, sin que se sepa como lo han hecho ⁴.

La emperatriz Catalina II, en una carta en extremo curiosa que vi en Petersburgo ⁵, dice que habia observado muchas veces con asombro la influencia de las misiones sobre la civilizacion y sobre la organizacion política de los pueblos: « A medida, dice, que la Religion va ganando terreno, se ven parecer pueblos enteros como

¹ ¡El buen hombre! Dice lo que puede, y sus palabras son notables.

² Aquí repite en inglés lo que antes habia dicho en griego. *Católico, universal*, ¿qué importa! Se deja ver la necesidad que tenia de recurrir á la *unidad*, que no puede hallarse fuera de la *universalidad*.

³ Véanse las *Cartas sobre las misiones, dirigidas á los ministros protestantes de las Iglesias inglesas*. Por Melvil Horne, capellan que fué de Sierra Leona en África. En inglés. Bristol, 1794.

⁴ *Hist. de las variaciones*, lib. 7, núm. 16.

⁵ Esta carta estaba dirigida á un Francés llamado M. de Meillan, que, si no me engaño, era del antiguo parlamento de París.

» por encanto, etc. » La Iglesia antigua era la que obraba estos milagros, porque entonces era legítima; y la emperatriz habría podido fácilmente comparar esta fuerza y esta fecundidad con la unidad absoluta de esta misma Iglesia separada de su tronco y raíz principal.

El docto caballero Guillermo Jones ha observado la impotencia de la palabra evangélica en la India (se entiende la India inglesa), y desespera absolutamente de vencer las preocupaciones nacionales; y así no halla otro expediente mejor para adelantar algo, que traducir en persa y en sanscrit los textos mas decisivos de los profetas, y ensayar el efecto que producen entre los naturales del país¹. Siempre encontramos el error protestante que se obstina en principiar por la ciencia, cuando es preciso comenzar por la predicacion imperativa, acompañada de la música, de la pintura, de los ritos solemnes, y de todas las demostraciones de la fe sin discusion: ¡mas cómo se hará comprender esto al orgullo!

Claudio Buchanan, doctor en teología inglesa, publicó hace pocos años una obra sobre el estado del Cristianismo en la India, en la cual (obra) se ve el mas extraordinario fanatismo unido á muchas observaciones interesantes². En cada página se encuentra confesada la nulidad del proselitismo protestante, como igualmente indiferencia absoluta del gobierno inglés sobre el establecimiento religioso de aquel gran país.

« Veinte regimientos ingleses, dice, no tienen en Asia

1 « Si hay algun medio humano para convertir á estos hombres (los Indios), seria acaso el traducir en *sanscrit* ó en *persa* pá-sajes escogidos de los antiguos profetas, acompañados con un prefacio, donde se mostrase el total cumplimiento de aquellas predicciones, y extender esta obra entre los naturales que han tenido una educación distinguida. Si este medio y el tiempo no producian ningun efecto saludable, no quedaria mas sino llorar la fuerza de las preocupaciones, y la debilidad de la razon dejada á sí sola (es decir, la razon no asistida). » (Obras de Guillermo Jones, en inglés, *sobre los dioses de la Grecia, la Italia y la India*, en 4º, t. 1, p. 279 y 280.) Nada mas cierto, ni mas notable que lo que dice aquí Guillermo Jones sobre la razon *no asistida*; mas para él y para otros muchos es una verdad estéril.

2 Véase la obra inglesa *Investigaciones cristianas en Asia*, por el R. Claudio Buchanan, en 8º, Londres, 1812, nona edicion.

» ni un solo capellan, y los soldados viven y mueren sin acto ninguno de Religion³. Los gobernadores de Bengala y de Madrás no conceden la menor proteccion á los cristianos del país, y prefieren regularmente para los empleos á los indios y á los mahometanos⁴. En Saffera, todo el país está sometido al poder (espiritual) de los católicos, que han tomado tranquilamente posesion de él, vista la indiferencia de los ingleses; y el gobierno de Inglaterra, prefiriendo *justamente*⁵ la supersticion católica al culto de Buddha, sostiene la Religion católica en Ceylan⁶. Un sacerdote católico decia á este gobierno: « ¿Cómo *quereis* que vuestra nacion se ocupe en convertir al cristianismo sus súbditos paganos cuando rehusa la instruccion cristiana á sus propios súbditos cristianos⁷? Por esto no se sorprendió Claudio Buchanan al saber que cada año *se volvian á la idolatria un gran numero de protestantes*⁸. Acaso jamás se ha visto la Religion de Jesucristo en ninguna época del Cristianismo tan humillada como lo ha sido en la isla de Ceylan, por la negligencia oficial que hemos hecho sufrir á la Iglesia protestante⁹. Es tal la indiferencia inglesa en esta parte, que si pluguiese á Dios quitar sus Indias á los Ingleses, apenas quedarian en aquella tierra vestigios de haber sido gobernada por una nacion que habia recibido la luz del Evangelio⁸. En todos los departamentos militares se observa una extincion casi total del Cristianismo. Cuerpos numerosos de hombres envejecen lejos de su patria entre los placeres y la indepen-

1 *Ibid.*, p. 80. — 2 *Ibid.*, p. 89 y 90.

3 ¡Con qué bondad conviene este gobierno en que el catolicismo valé mas que la Religion de Buddha!

4 *Ibid.*, p. 92.

5 El gobierno no tiene celo, porque no tiene fe. Su conciencia es quien le quita las fuerzas, y esto es lo que el ciego ministro no ve, ó por mejor decir, no quiere ver.

6 *Ibid.*, p. 95.

7 Esta es otra nueva delicadeza del gobierno inglés, que tiene bastante prudencia para no ensayar á plantar la Religion de Cristo en un país donde reina la de Jesucristo; pero ¿qué puede entender de todo esto un eclesiástico oficial?

8 *Ibid.*, p. 283, not.

» dencia, sin ver el menor signo de la Religion de su país.
 » Hay inglés que en veinte años no ha visto celebrar un
 » oficio divino¹; y es cosa bien extraña, que en cambio
 » de la pimienta que nos dan aquellos infelices Indios, la
 » Inglaterra no les quiera dar ni aun el nuevo Testamen-
 » to². Cuando este autor reflexiona sobre *el poder inmenso*
 » que tiene la Iglesia romana en la India, y sobre la in-
 » capacidad del clero anglicano para contrarrestar esta
 » influencia, es de parecer que la Iglesia protestante de-
 » bería buscar por su aliada á la Siriaca, que se halla en
 » los mismos países, y tiene todo lo que se necesita para
 » unirse con una Iglesia *pura*, pues *profesa las doctrinas*
 » *de la Biblia*, y desecha también el primado del Pa-
 » pa³. »

Acabamos de oír de una boca poco sospechosa las confesiones más expresas sobre la nulidad de las Iglesias separadas; y que no solamente las anula todas, una después de otra, el espíritu que las divide, sino que también nos detiene á nosotros y retarda nuestros progresos. Sobre este punto ha hecho Voltaire una observación importante: « El mayor obstáculo, dice, para los progresos de nuestra Religion en la India, es la diferencia de opiniones que dividen á nuestros misioneros. El católico combate allí al anglicano, este al luterano, y este otro al calvinista; de modo que hallándose todos encontrados, y queriendo cada uno de ellos anunciar la verdad y acusar á los otros de mentira, asombran á un pueblo sencillo y pacífico, que ve llegar allí desde las estremidades occidentales de la tierra hombres acalorados para despedazarse unos á otros en las riberas del Ganges⁴. »

El mal no es, ni con mucho, tan grande como dice Voltaire, quien toma su deseo por la realidad; pues nuestra superioridad sobre las sectas se halla confesada

1 *Ibid.*, p. 285, 287. — 2 *Ibid.*, p. 102.

3 P. 285, 287. Pues qué, ¿acaso la Iglesia católica *profesa las doctrinas del Alcoran*? El clero inglés no se engañe; estas vergonzosas extravagancias están muy lejos de encontrar entre la gente sensata de su país la misma indulgencia y la misma compasión que hallan entre nosotros.

4 Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, etc., t. 1, cap. 4.

tan solemne y manifestamente, como se acaba de ver, por nuestros más encarnizados enemigos. Sin embargo, la división de los cristianos es un gran mal que por lo menos retarda la grande obra, si no la impide enteramente. ¡Ay de las sectas que han despedazado *la túnica inconsútil*! Sin ellas todo el mundo sería ya cristiano.

Otra razón que anula este falso ministerio evangélico es la conducta moral de sus órganos. Ellos nunca se elevan más allá de *la probidad*, débil y miserable instrumento para todos los esfuerzos que exige *la santidad*. El misionero que no renuncia por un voto sagrado á la más dulce de las inclinaciones humanas, siempre se quedará muy inferior á sus funciones, y concluirá por hacerse ridículo ó culpable. Bien sabido es el resultado de las misiones inglesas en Otaiti: convertidos aquellos apóstoles en libertinos, no han tenido dificultad en confesarlo, y el escándalo ha resonado en toda Europa¹.

Á la verdad, ¿qué hará en medio de naciones bárbaras, lejos de todo superior, y de todo el apoyo que podría encontrar en la opinión pública, solo con su corazón y sus pasiones, el misionero *humano*? Lo que hicieron sus colegas en Otaiti. El mejor de estos misioneros, después de recibir su misión de la autoridad civil, no trata sino de ir á habitar una casa cómoda con su mujer y sus hijos, para predicar filosóficamente á *súbditos*, bajo el cañon de su soberano; pero los verdaderos trabajos apostólicos, esos jamás se atreverá á tocarlos con la punta del dedo.

Además, es menester distinguir entre los infieles civilizados y los que no lo son. Á estos se les puede decir cuanto se quiera; mas por fortuna el error no se atreve á hablarles. Respecto de los otros es muy diferente, porque saben ya bastante para entendernos. Cuando el lord Maccartney iba á partir para su célebre embajada, el rey

1 Hé oído decir que de algún tiempo á esta parte se han mejorado las cosas en Otaiti; mas sin discutir los hechos que solo presentan vanas apariencias, no diré sino una palabra: « ¿Qué nos importan estas conquistas equívocas del protestantismo en alguna isla imperceptible del mar del Sud, mientras que él destruye el Cristianismo en Europa? » (Véase el t. 4 de esta *Bibl.*)

de Inglaterra pidió al Papa algunos alumnos de la Propaganda para la lengua china, lo que su Santidad concedió desde luego. El cardenal Borgia, que era presidente entonces de la congregación de Propaganda, rogó por su parte al lord Maccartney que tuviese la bondad de recomendar en Pekin las misiones católicas. El embajador se lo prometió gustosamente, y cumplió su promesa como hombre de honor; pero quedó en extremo admirado cuando el *collao*, ó primer ministro, le respondió: «Que » el emperador extrañaba mucho que los Ingleses profesasen en las extremidades de la Asja una Religión que » sus padres habían abandonado en Europa. » Esta anécdota, que he sabido originalmente, prueba que aquellos hombres están mas instruidos de lo que pensamos, aun de las cosas que á nuestro parecer no deberían serles interesantes. Vaya un predicador inglés á la China á decir á su auditorio « que el Cristianismo es la mas bella cosa » del mundo; pero que esta Religión divina se corrompió » desgraciadamente en su primera juventud por dos » grandes apostasias, la de Mahoma en Oriente, y la del » Papa en Occidente; que habiendo principiado una y » otra juntas, y debiendo durar 1260 años¹, una y otra » deben acabar juntas y estar ya cercanas á su fin: que » el mahometismo y el catolicismo son dos corrupciones » perfectamente paralelas y del mismo género, y que no » hay en el universo un hombre que se llame cristiano » que pueda dudar de la verdad de esta profecía². » Se-

¹ En efecto, como *las naciones deben hollar la ciudad santa durante cuarenta y dos meses* (Apoc. xi, 2), es claro que por las *naciones* se debe entender los *mahometanos*. Además, 42 meses de 30 dias cada uno, hacen 1260 dias; esto es evidente. Mas cada dia significa un año, y así 1260 dias valen 1260 años, y si á estos se añaden los 622, que es la fecha de la hegira, tenemos 1882: luego el mahometismo no puede durar mas que hasta el año 1882. Ahora pues, la corrupcion papal debe acabar con la corrupcion mahometana; luego, etc. Este es el razonamiento de M. Buchanan que hemos citado arriba.

² Cuando se piensa que tan inconcebibles extravagancias manchaban aun en el siglo XIX las obras de una multitud de teólogos ingleses, como los doctores Daubeny, Faber, Cunningham, Fire, Hartley, etc., no se puede contemplan sin un religioso terror el abismo

guramente que el mandarin que oyese estas brillantes aserciones, tendria al predicador por loco y se burlaria de él. En todos los países infieles civilizados, los hombres capaces de abrazar las verdades del Cristianismo, luego que nos oyesen, no tardarian en darnos la preferencia sobre todos los sectarios. Voltaire tenia sus razones para mirarnos como una secta que disputaba con las otras; pero el sentido común, libre de prevenciones, percibirá desde luego que de un lado es la Iglesia una é invariable, y del otro la herejía con sus mil cabezas. Mucho tiempo antes de saber su nombre, ya la conocen y no se fían de ella.

Nuestra inmensa superioridad es tan conocida, que ha llegado á alarmar á la compañía de las Indias; y la vista de algunos clérigos franceses, llevados á aquellos países por el torbellino revolucionario, la sobresaltó, temiendo que, haciendo cristianos, los hiciesen tambien franceses. (Estoy seguro que ningun inglés instruido podrá contradecirme.) La compañía de las Indias dice sin duda como nosotros: *venga á nos el tu reino*; pero añade siempre el correctivo: *y que el nuestro subsista*.

Mas si nuestra superioridad en este punto está reconocida en Inglaterra, no está menos conocida la nulidad del clero inglés para lo mismo: « No creemos, decían pocos años há unos diaristas estimables de aquel » país, que la sociedad de las misiones sea obra de Dios... » porque dificilmente se nos persuadirá que Dios sea el » autor de la confusion, y que los dogmas del Cristianismo » no deban ser sucesivamente anunciados á los paganos

adonde por justo castigo de Dios se precipita la mas criminal de todas las rebeliones. El moderno Atila (*Napoleon Bonaparte*), menos civilizado que el primero, arroja de su trono al sumo Pontífice, le hace prisionero, y se apodera de sus Estados. Al momento se inflama la cabeza de estos escritores, y creen que se acabó el pontificado, y que Dios ya no tiene medios para salvarle. Hélos aquí, pues, que empiezan á componer folletos sobre el *cumplimiento de las profecias*, y se congratulan, y triunfan de la caída del Papa; mas entretanto que se imprimen, el poder y el voto de la Europa restituyen al Papa á su trono, y tranquilo en la ciudad eterna ruega á Dios por estos insensatos.

» por hombres que *no solamente van sin ser enviados*¹,
 » sino que difieren de opiniones entre sí, de un modo
 » tan extraordinario, como los calvinistas y los arminia-
 » nos, los episcopales, los presbiterianos, los anabap-
 » tistas y antianabaptistas, etc. »

Los redactores indican despues el débil sistema de los *dogmas esenciales*, y luego añaden : « Entre misione-
 » ros tan heterogéneos, las disputas son inevitables, y
 » sus trabajos, en lugar de ilustrar á los gentiles, no son
 » propios sino para aumentar las preocupaciones contra
 » la fe, si acaso alguna vez llega á serles *anunciada de*
 » *un modo mas regular*². En una palabra, la *sociedad de*
 » *las Misiones no puede hacer ningun bien, y puede hacer*
 » *mucho mal*. No obstante, creemos que es un deber de
 » la Iglesia predicar el Evangelio á los infieles³. «

Estas declaraciones son muy expresas, y no necesitan de comentarios. En cuanto á las Iglesias orientales, y todas las que dependen ó hacen causa comun con ellas,

1 *No solamente corren sin ser enviados*. Expresion muy notable : porque el nombre de *misionero* es sinónimo de *enviado*, y asi todo misionero que obra fuera de la unidad, debe precisamente decir : *yo soy un enviado no enviado*. Aun cuando la sociedad de las misiones inglesas fuese aprobada por la Iglesia anglicana, la misma dificultad subsistiría siempre, porque no siendo esta Iglesia *enviada*, no tiene derecho de *enviar*. *No enviada* : tal es el carácter general, humillante é indeleble de toda Iglesia separada de la unidad.

2 ¿Qué quieren pues decir los diaristas con esta expresion *de un modo mas regular*? ¿Puede haber alguna cosa regular fuera de la regla? Bien puede estar un hombre mas ó menos cerca de una barca, pero mas ó menos en ella no puede ser. La Iglesia de Inglaterra tiene aun alguna desventaja sobre las otras Iglesias separadas; pues como es evidentemente *sola*, es evidentemente *nula*. (Véase el *Censor político y literario mensual, ó antijacobino*, marzo 1803, vol. 14, núm. 9, p. 280 y 281.) Acaso estas palabras *de un modo mas regular* ocultan algun misterio, como muchas veces lo he observado en las obras de los escritores ingleses.

3 *Ibid*. Esta es una gran palabra. *La Iglesia sola tiene el derecho, y de consiguiente el deber de predicar el Evangelio á los infieles*. Si los redactores hubieran rayado por bajo esta palabra *la Iglesia*, sin duda hubieran predicado una verdad muy profunda á los infieles.

será inútil que nos ocupemos. Ellas mismas se hacen la justicia; pues penetradas de su impotencia, han acabado por convertir su apatía en una especie de deber. Y aun se creerian ridículas si se dejasen imbuir de la idea de adelantar las conquistas del Evangelio, y por ellas la civilizacion de los pueblos.

La Iglesia, pues, es la única que tiene el honor, el poder, y el derecho de las misiones; mas sin sumo Pontífice no hay Iglesia. Y qué, ¿no es el Pontífice quien ha civilizado la Europa, y creado este espíritu general, ese genio fraternal que nos distinguen? Apenas se afirma la santa Sede, cuando *la solitud universal* ocupa con enajenamiento á los sumos Pontífices. Ya en el siglo V enviaron á la Nórica á san Severino, y otros obremos apostólicos recorren las Españas, como se ve en la famosa Carta de Inocencio I á Decencio. En el mismo siglo san Paladio y san Patricio parecen en Irlanda y en el norte de Escocia. En el siglo VI san Gregorio el Grande envia á san Agustín á Inglaterra. En el VII san Kilian predica en Franconia, y san Amando á los Flamencos, á los Carintios, Esclavones, y á todos los bárbaros que habitaban las márgenes del Danubio. Eluff de Werden se trasporta á Sajonia en el siglo VIII; san Willebrodo y san Swidberto á la Frisia, y san Bonifacio llena la Alemania con sus trabajos y sus conquistas. Pero el siglo IX parece distinguirse de todos los demás, como si la divina Providencia hubiera querido consolar á la Iglesia de las desdichas que tan de cerca la amenazaban. Durante este siglo san Sifredo fué enviado á los Suecos; Anchario de Hamburgo predica tambien á los mismos, como á los Vándalos y á los Esclavones; Remberto de Brema, los hermanos Cirilos y Metodio á los Búlgaros, á los Chazares ó Turcos del Danubio, á los Moravos, á los Bohemos, y á la inmensa familia de los Esclavones. Todos estos varones apostólicos juntos podian decir con mucha razon :

Solo paramos donde no hubo ya orbe.

Mas cuando el universo se ensanchó por las memorables empresas de los navegantes modernos, ¿no siguieron los misioneros del Pontífice en pos de estos esfor-

zados aventureros? ¿no fueron á buscar el martirio aun con mas ansia que la avaricia buscaba el oro y los diamantes? Sus manos caritativas ¿no estaban constantemente extendidas para curar los males nacidos de nuestros vicios, y para hacer menós odiosos á los Europeos en aquellos países lejanos? ¿Qué no ha hecho san Francisco Javier¹? Los jesuitas solos ¿no han curado una de las mayores llagas de la humanidad²? Todo se ha dicho ya acerca de las misiones del Paraguay, de la China y de las Indias, y seria superfluo volver á tratar sobre cosas tan conocidas. Basta solo advertir que todo el honor que de ellas resulta, debe atribuirse á la santa Sede.

« Hé aquí, decia el gran Leibnitz con un noble sentimiento de envidia muy digno de él, hé aquí la China » abierta á los jesuitas, y el Papa envía allá muchísimos » misioneros. Nuestra falta de union no nos permite em- » prender estas grandes conversiones³. Bajo el reinado » del rey Guillelmo se habia formado una especie de so- » ciedad en Inglaterra, que tenia por objeto la propaga- » cion del Evangelio; mas hasta ahora no vemos haya » hecho grandes progresos⁴. »

¿Y cómo los ha de hacer? Nunca podrá verificarlo ba-

1 A Paulo III Indiæ destinatus, multos passim toto Oriente christianos ad meliorem frugem revocavit, et innumeros propemodum populos ignorantie tenebris involutos, ad Christi fidem adduxit. Nam præter Indos, Brachmanes, et Malabaras, ipse primus Paravis, Malais, Jais, Acenis, Mindanais, Molucensibus, et Japonibus, multis editis miraculis, et exantlatis laboribus Evangelii lucem intulit. Perlustrata tandem Japonia, ad Sinas prefecturus in insula Sanciana obiit (*Véase su oficio en el Breviario de París*). Los viajes de este santo se hallan al fin de su vida escrita por el padre Bonhours, y merecen grande atencion. Ordenados en una línea hubieran dado tres veces la vuelta al mundo. El santo murió á los cuarenta y seis años de su edad, y solo empleó 10 para la ejecucion de sus prodigiosos trabajos. Es puntualmente el mismo tiempo que empleó César para sujetar y devastar las Galias.

2 Montesquieu.

3 Carta de Leibnitz citada en el *Diario hist. polit. y liter. del abate Feller*, agosto de 1774, p. 209.

4 Leibnitz, *Epist. ad Kortholtam*, en sus obras en 4º, p. 323. — *Pensamientos de Leibnitz*, en 8º, t. 1, p. 275.

jo cualquier nombre que proceda, hallándose fuera de la unidad, y no solamente no hará progresos, sino que *hará mucho mal*, como nos lo confesaba poco há una boca protestante.

« Los reyes, decia Bacon, son verdaderamente inex- » cusables de no procurar con sus armas y sus riquezas » la propagacion de la Religion cristiana¹. » — Sin duda que lo son, y lo son tanto mas (hablo solamente de los soberanos católicos), cuanto que fascinados por las preocupaciones modernas sobre sus verdaderos intereses, no saben que todo príncipe que emplea sus fuerzas en la propagacion del Cristianismo legitimo, será infaliblemente recompensado con grandes progresos, con un largo reinado, con una inmensa reputacion, ó con todas estas ventajas reunidas. Sobre este punto ni hay, ni habrá nunca, ni puede haber excepcion. Constantino, Teodosio, Alfredo, Carlo Magno, san Luis, san Fernando, Manuel de Portugal, Luis XIV, etc., todos los grandes protectores ó propagadores del Cristianismo legitimo, están señalados en la historia con los caracteres que acabo de indicar. El príncipe que emprenda esta obra divina, y la adelante lo posible, segun sus fuerzas, sin duda podrá pagar su tributo de imperfecciones y de desdichas á la miserable humanidad: mas á pesar de esto llevará siempre sobre su frente una cierta señal que reverenciarán todos los siglos.

Y podrá, aunque se turbe al retratarle,
La póstuma opinion justificarle.

Illum aget pœna metuenta solvi
Fama superstes.

Por el contrario, todo príncipe que, nacido en la luz de la Religion, la desprecie ó se esfuerce para apagarla, y sobre todo que se atreva á extender su mano sobre el sumo Pontífice, ó á afligirle sin miramiento, cuente con un castigo temporal y visible. Reinado corto, desastres humillantes, muerte violenta ó vergonzosa, mal renombre en la vida, y memoria afrentosa despues de su muer-

1 Bacon, *Diálogo de bello sacro*. Cristianismo de Bacon, t. 2, p. 274.

te; esta es la suerte que le espera mas ó menos. Desde Juliano á Felipe el Hermoso, los ejemplos antiguos se hallan escritos en todas partes; y en cuanto á los ejemplos recientes, el hombre prudente, antes de exponerlos con toda su claridad, hará bien de esperar á que el tiempo los haya llevado hasta cierta profundidad en la historia.

CAPÍTULO II.

Libertad civil de los hombres.

Hemos visto que el sumo Pontífice es el jefe natural, el promotor mas poderoso, el gran *demiurgo* ó supremo magistrado de la civilizacion universal, y que sus fuerzas sobre este punto no tienen mas límite que los de la ceguedad ó mala voluntad de los príncipes. Mas no les debe estar menos agradecida la humanidad por la extincion, de la esclavitud que han combatido sin intermision, y que acabarán de borrar infaliblemente sin violencia, sin conmociones y sin peligro, donde quiera que se les deje obrar.

Una de las singularidades ridículas del último siglo, fué la manía de querer juzgar de todo por reglas abstractas, sin consideracion á la experiencia, lo cual es tanto mas chocante, quanto que este mismo siglo no cesaba de gritar contra todos los filósofos, que han principiado por los principios abstractos, en vez de buscarlos en la experiencia.

Rousseau es exquisito cuando principia su *Contrato social* por esta máxima retumbante: *El hombre nace libre, y en todas partes se halla entre cadenas.*

¿Qué quiere decirnos con este *nace libre*? Seguramente no hablará del hecho, pues en la misma frase continúa diciendo, que *en todas partes se halla aprisionado*¹. Luego se trata *del derecho*: ¡ah! este debió ante todas cosas probarse *contra el hecho*.

El hombre nace libre: lo contrario de esta loca aser-

¹ ¡En cadenas! Hé aqui el poeta.

cion es la verdad pura. Porque en todos tiempos y en todos lugares, hasta que se estableció el Cristianismo, y aun hasta que esta Religion hubo penetrado suficientemente en los corazones, la esclavitud fué siempre mirada como una parte necesaria para el gobierno y para el estado político de las naciones, tanto en las repúblicas como en las monarquías, sin que jamás haya caído en la imaginacion de ningún filósofo condenar la esclavitud, ni en la de ningún legislador atacarla por medio de leyes fundamentales ó de circunstancias.

Aristóteles, uno de los mas profundos filósofos de la antigüedad, llegó á decir, como todo el mundo sabe, *que habia hombres que nacieran esclavos*, y nada es mas cierto. Bien sé que en nuestro siglo ha sido motejado este filósofo por esta asercion; pero hubiera valido mas comprenderle bien, que criticarle. Su proposicion está fundada en la historia entera, que es la política experimental, y sobre la naturaleza misma del hombre que ha producido la historia. El que haya estudiado suficientemente esta triste naturaleza, sabe que *el hombre en general*, si se le abandona á sí mismo, *es demasiado malo para ser libre*.

Examine cualquiera al hombre en su propio corazon, y quedará convencido de que en todas partes donde la libertad civil pertenezca á todos, no habrá absolutamente medio, *sin algun socorro extraordinario*, de gobernar á los hombres como cuerpo de nacion.

De ahí viene que la esclavitud haya sido constantemente el estado natural de una gran parte del género humano hasta el establecimiento del Cristianismo; y como el sentido comun universal conocia la necesidad de este orden de cosas, jamás fué combatido ni por las leyes, ni por el racionio.

Un gran poeta latino puso en la boca de César esta máxima terrible:

El linaje humanal que tanto crece,
Solo á muy pocos hombres pertenece¹.

Es verdad que esta máxima, en el sentido que le da el

¹ *Humanum paucis vivit genus.* Lucan., *Phars.*